

RESEÑAS

Marcos Breuer (2019). *Eutanasia y autonomía. Conceptos, argumentos y reflexiones*. Río Cuarto, Prov. de Córdoba, Argentina: Unirío Editora y Eduvim Editora.

190 páginas, ISBN: 978-987-688-345-0

(por *Natalia Monasterolo*,

***Universidad Nacional de Córdoba, Argentina - natimonaste@gmail.com*)**

Leer es un acto libre, mucho más que escribir. Por eso, los textos que dialogan sobre otros textos no debieran interrumpir esa anarquía. Nada más ser un convite, un respetuoso anticipo para motivar la sumersión.

Esto va a ser un tratado, anuncia Marcos Breuer cuando anticipa que su texto responde a un objetivo trazado al calor de inquietudes e intercambios acerca de la buena muerte como parte del buen vivir: “Me propuse redactar un tratado que, sin dejar de ser riguroso, pudiera ser leído por el público interesado en estas cuestiones y que, a la vez, tuviese algo de personal” (p. 9), señala casi como una proclama de sentido.

Pero su rumbo, y por la misma razón su texto, supera con creces esa empresa: *Eutanasia y autonomía* es más, mucho más que un tratado; es, mejor, un precioso ensayo sobre los modos de hacer cuerpos, vidas, y, después de todo, las maneras de dejar partir.

Plagado de citas y notas al pie que articulan precisas reseñas bibliográficas con pasajes de la filosofía clásica, y exquisitas referencias literarias (caminan por ahí Borges y Cortázar), el libro refiere que, para hablar de la *eu-thanásia*, es decir, de la “buena muerte” -de acuerdo al sentido etimológico del término-, partirá de una premisa esencial: “discutir bajo qué circunstancias la muerte asistida y voluntaria puede considerarse un acto moralmente lícito” (p. 13), y esto porque respira ahí, en la carnadura de sus palabras, una posición central: La muerte voluntaria, que contempla tanto la eutanasia voluntaria como el suicidio médicamente asistido, constituye acciones “permisibles” desde una ética basada en la autonomía de la persona y el liberalismo político.

Breuer echa mano entonces a la organización del buen escritor, y divide su libro-ensayo en tres partes sustanciales: *Conceptos, Argumentos y Reflexiones*.

La primera parte comienza con un epígrafe de Richard M. Hare: “Para el verdadero filósofo tal vez la única tarea realmente reconfortante sea la de aclarar cualquier cuestión que antes era confusa”. Los conceptos de esta primera parte van en ese sentido.

Si conceptualizar reconoce sus raíces en concebir, tomar, caber incluso, los capítulos de esta parte pretenden dar cuenta de eso; una serie de nociones lo suficientemente raspadas para especificar, antes de ingresar al juego argumental: De qué hablamos cuando hablamos de lo que hablamos.

En el primer capítulo; *Vida, muerte y persona*, el pulso de la escritura realiza finas cualificaciones sobre la vida, la muerte, la persona, el individuo y la sociedad. Luego, desde el segundo capítulo: *Eutanasia voluntaria y suicidio asistido*, el texto se ocupa de pulir el filo que hará de sí, herramienta de análisis, un instrumento preciso para el esculpido. Y es que si en ese capítulo se trazan distinciones clave entre la muerte asistida y el homicidio, en el tercero Breuer se explaya sobre la *Eutanasia forzada*, en el cuarto hace lo propio con la *Eutanasia no voluntaria*, y en el quinto, último de la serie, repite el arte con la *Eutanasia directa, indirecta, activa y pasiva*. He aquí un repertorio completo, una partitura sin saltos que habilita los acordes del buen entendimiento.

¿Qué diferencia existe entre la vida biológica y la biográfica? ¿Qué distingue a la muerte biológica de la biográfica? ¿Cuál es el sentido que separa a la muerte

personal de la social? ¿Cuál es el valor que se le otorga, y supone, la “calidad de vida”? ¿Qué tensiones sociales cohabitan entre individuo y persona? y, finalmente, ¿Qué ocurre en las sociedades contemporáneas con la fase final de la vida? Estas preguntas encuentran respuestas a lo largo de todo el texto, pero, particularmente, en el capítulo que inaugura la sección de Conceptos (primera).

Como bien señala el autor al iniciar este tramo, “Es evidente que conceptos como vida, muerte y persona, tal como los empleamos cotidianamente, son demasiados ambiguos para ser utilizados en filosofía moral sin previo examen” (p. 25); allá va la empresa entonces.

Hay una red de significantes y significados (significaciones), sentidos, proyectos, planes, emergencias, problemas, soluciones, que hacen de un sustrato biológico un relato biográfico. No hay vida, en este último sentido, en quien vegeta, y así como la biología antecede a la biografía, el corte abrupto de esta hace de una vida biológica sólo un cuerpo que late. Lo explica muy bien Breuer cuando señala que “La muerte biológica implica necesariamente la muerte biográfica del individuo, mientras que lo opuesto no siempre es el caso” (p. 26). Se puede continuar respirando, por ponerlo de algún modo, con el auxilio tecnológico, pero ¿subsiste la vida biográfica, la posibilidad del hilván a futuro, para ese individuo? Este es el centro de la distinción entre vida biológica y biográfica, una distinción que opera como eco del *bios* y la *zoe*, mas que en su envés, refleja el correlato del *thanos*; la diferencia entre muerte biológica y muerte biográfica.

Un poco más allá, pero siempre dentro de este primer tramo, Breuer juega otra carta, y separa, para nombrarlas, a la muerte personal de la muerte social. Hay aquí un punto en el que conviene detenerse, la diferencia casi de sentido entre quien puede ser considerado como persona y quien ya no lo es. El texto destaca en esta parada que aun cuando las relaciones sociales de quien atraviesa la fase final de una enfermedad irreversible puedan verse reducidas, eso no implica todavía su muerte como persona, porque la persona, en el sentido filosófico y jurídico del término, es aquella que posee la capacidad de hacer uso de la razón “independientemente de si ha dejado de ejecutar acciones que sigan enriqueciendo su biografía” (p. 31).

El trazo de Breuer es seguro, firme y preciso, se encuentra plagado de referencias biomédicas y hace de la filosofía un verdadero instrumento analítico -ya lo he dicho-, pero, frente a este tipo de afirmaciones, que más de una vez se reparten entre sus páginas, no puedo dejar de preguntarme qué lugar queda para la locura; qué son, quienes la portan. ¿Podría justificar el texto, ese que iba a ser tratado y logró ser ensayo, el suicidio porque sí? ¿El deseo de morir por morir? ¿O diría mejor que es parte de un acto loco, y, entonces, de una decisión irracional que no ha sido tomada por una persona? ¿Cómo articularía esto con su premisa argumental? Hay que leerlo. Las respuestas están allí. Quizá.

En lo que sigue, antes de pasar al siguiente capítulo, se estipulan caracterizaciones vinculadas con la calidad de vida como parte del debate central en torno a la eutanasia; relaciones entre persona, individuo y sociedad; valoraciones respecto a la fase final de la vida en la sociedad actual y, como anticipo clasificatorio para avanzar al recorrido que plantean los capítulos venideros, los criterios que distinguen los distintos tipos de eutanasia: Forzada y voluntaria (conforme a la voluntad del paciente); activa y pasiva (de acuerdo al modo en que es ejecutada); directa o indirecta (a razón de la intención que subyace tras el acto eutanásico en cuestión).

En el segundo capítulo el texto se introduce en un asunto no poco controversial. En rigor, todo el ensayo camina por la cornisa de la controversia, pero, en este punto, las precisiones en torno a la *Eutanasia voluntaria* y el *Suicidio asistido* hacen del detalle el reflejo de una neuralgia que, a poco de sentirse, “no” se desea evitar.

No es lo mismo ayudar a morir que asesinar; en este distingo, el autor juega con los matices que pueblan las formas voluntarias de morir, y, a la vuelta, con la asistencia que se precisa para completar un plan de muerte que no escape a la lógica racional y liberal en la que se inscribe.

El texto acierta en su análisis, porque es cuidadoso, jamás se aparta de su postura inicial, pero a mí, que leo de a poco, me pesca otra vez por atrás, me toca el hombro, y me lleva nuevamente a la pregunta por la sinrazón y las formas legítimas de desear morir. Habrá que arrojarse, no hay otra opción, dejarse tocar, y voltearse para mirar.

Breuer lo propone. Va y viene, vuelve y va, ejemplifica, cita, rememora cuentos, nos trae una historia escrita por un cuentista olvidado, relata ahí en medio de todo, cuando el capítulo tres casi termina, la inquietante historia creada en 1949 por Ezequiel Martínez Estrada. “Examen sin conciencia” es el colofón ideal para hablar de la *Eutanasia forzada*.

Y si el capítulo tres se explaya sobre esto, el cuarto *Eutanasia no voluntaria*, hace de su negación un regreso a la inquietud por la autonomía del sujeto, esa cualidad que tanto se lía con la razonabilidad y los interrogantes por esos cuerpos donde la razón parece no haber anidado. En esta parte Breuer dice algunas cosas, entre otras cosas, sobre la eutanasia animal.

Resta el capítulo quinto, último de la serie de Conceptos. En *Eutanasia directa, indirecta, activa y pasiva*, el autor arrima especificaciones que traen al papel algunas aristas del debate público en torno a la eutanasia, aristas que no han sido descuidadas en otros capítulos, pero que aquí sirven como puntapié para la siguiente parte, porque echando mano a la habilidad de buen filósofo se evidencia el error de algunas conceptualizaciones y la falencia argumental de otras tantas.

Dice Isaiah Berlin, palabras más, palabras menos, que siendo la esencia de los hombres la de ser autónomos, nada peor hay que tratarlos como si no lo fueran, es decir, como objetos naturales. Esta es la cita con la que el texto inaugura su segunda parte, y es, en rigor, un muy buen anticipo de lo que seguirá.

Argumentos es un apartado poblado de razones.

En el primer capítulo, sexto en lo que va del libro-ensayo (*El derecho a la muerte voluntaria*), Breuer expone las razones por las cuales es posible asentir que la eutanasia voluntaria y el suicidio médicamente asistido son actos moralmente lícitos, motivo por el cual, señala, toda legislación moderna debería regular su práctica. Para mostrar su análisis, anticipa, dividirá al capítulo en dos partes: Una, concentrada en la “posición filosófica basada en la autonomía de la persona y el liberalismo político”. Otra: focalizada en argumentos complementarios a favor de la eutanasia: “el argumento que propone la ética de la compasión y el argumento del utilitarismo” (p. 101).

En los restantes capítulos, refiere el autor, “examinaré los principales argumentos que se presentan contra la eutanasia voluntaria y el suicidio médicamente asistido” (p. 117): *El argumento de la sacralidad de la vida* (capítulo séptimo); *El argumento de la misión de la medicina* (capítulo octavo); *El argumento de la medicina paliativa* (capítulo noveno) y *El argumento de la pendiente resbaladiza* (capítulo décimo).

Hay que nadar como se pueda para cruzar este tramo del texto. Si la primera parte invitaba a sumergirse, la segunda obliga a mover el cuerpo sin desparpajo para evitar hundirse. La propuesta es, otra vez, y cuanto menos, tentadora.

Nademos entonces. Para eso, hay en el texto, allí donde la corriente del argumento se mueve, un punto de partida; la concepción misma de la persona humana.

La persona humana es, en el modo de ver las cosas que el texto adopta, un ser humano entendido como entidad esencialmente autónoma, racional y responsable. Se es autónomo, explicará, no cuando se hace lo que se quiere, sino cuando se cuenta con la capacidad de auto-establecer los valores que habrán de regir nuestra conducta, y las metas que han de guiar nuestra existencia. Se es racional, continúa, cuando se cuenta con la capacidad de hallar un porqué convincente a lo que nos proponemos hacer y exponerlo luego públicamente, de manera que el resto de las personas afectadas de alguna forma por tales acciones puedan aceptarlas o rechazarlas, también apoyándose en buenas razones. Finalmente se es responsable, concluirá, cuando se posee la capacidad y predisposición de responder ante nosotros mismos, ante los otros y ante la sociedad en su conjunto, por las consecuencias de las decisiones que hemos tomado o tomaremos. De este modo, y como anticipo de la postura que habrá de desarrollar, Breuer arremete contra el liberalismo de Stuart Mill, para señalar que “una concepción más amplia del liberalismo político ha de incluir la posibilidad de intervenir de modo paternalista [en determinados planes de vida], cuando existan motivos para ello” (p. 105).

Con esta herramienta en mano, instrumento analítico nada menor, el autor se introduce en el corazón de su posición; la licitud de la muerte voluntaria cuando esta se funda en una decisión autónoma, libre y responsable, como correlato del

(ese) liberalismo político. No diré más sobre esto, no al menos para reproducir lo que el libro-ensayo señala; hacerlo atentaría contra su forma, una que no necesita repeticiones sino que se encuentra, mejor, ávida de discusiones.

Por eso, antes de introducir un poco de bravura, referiré que los otros dos argumentos que el autor destaca a favor de la eutanasia voluntaria y el suicidio asistido, o bien descansan en la legitimación del acto cuando este “emana de afectos elevados, en particular del deseo de poner fin al sufrimiento inútil y desproporcionado del enfermo, de devolver la dignidad de la propia vida, etcétera” (p. 113) –Ética de los sentimientos y ética de la compasión-, o bien, cuando ni la autonomía ni la compasión apliquen, en la mayor utilidad general que traería aparejado un curso de acción que suponga esas alternativas (eutanasia voluntaria o suicidio médicamente asistido), frente a otro que no las contemple –Ética basada en el principio de utilidad-.

Estos dos enfoques, señala el autor, pueden servir como complemento, o no, de una ética basada en la autonomía de la persona (postura que defiende). En efecto, podrán existir casos en los que resulta materialmente imposible contar con el consentimiento de la persona (p.e. un neonato o un adulto en estado vegetativo que nunca se haya pronunciado sobre el tema), y en los que, el uso de los recursos médicos empleados para mantenerla viva implique su privación para otros sujetos con mejores posibilidades; siendo así, una máxima utilitarista ayudaría a resolver el entuerto sin pelearse con la ética de la autonomía. Pero, y aquí la objeción, también podrán existir algunos otros casos en los que la persona, pudiendo hacerlo, no haya brindado de manera alguna su consentimiento, más la compasión por su estado justifique al final la habilitación de la práctica eutanásica; este argumento riñe con la posición defendida.

¿Y la bravura? ¿Esa a la que me refería dos párrafos más arriba? La bravura no es más que detenerse un momento, reparar en el movimiento del agua que hace de este texto un mar, y (re) preguntar: ¿No es acaso el fundamento que utiliza Breuer para decir lo que dice y sostener lo que sostiene, decididamente capacitista? ¿Se dirá que está loco quien quiere acabar por qué sí con su vida? ¿Se dirá irracional el por qué sí? ¿Se dirá no persona, no habilitada, no permitida

para morir? Otra vez el texto me invita a conversarle; *misteriosa lealtad* la de los libros que propician estas sensaciones. Son grandes.

Los restantes argumentos –deontológicos y consecuencialistas-, convertidos en capítulos, son formas de “no dejar” que Breuer desarrolla con minucia y, en el reverso, logra dismantelar.

La idea sacra de la vida (*El argumento de la sacralidad de la vida*), la casi evangelizadora de la medicina (*El argumento de la misión de la medicina*), o la cosmovisión de esta última como un recurso paliativo a mejorar (*El argumento de la medicina paliativa*) así como el imaginario del dominó que se desmorona en cadena por mover una ficha, sólo una pieza y nada más (*El argumento de la pendiente resbaladiza*), caen en sus propias trampas, y el libro-ensayo, que aquí comento, cuenta con la finura necesaria para mostrarlo sin tantos rodeos.

Todo argumento se nutre de conceptos, hasta aquí vamos, y cualquier argumento reclama una reflexión. O no, me retracto, estoy a tiempo; buenos argumentos requieren reflexiones.

Reflexiones es la última parte de *Eutanasia y autonomía*, contiene un epígrafe de Jorge Luis Borges: “Lo que de veras fue, no se pierde; la intensidad es una forma de eternidad”, las palabras del escritor aparecen aquí como la conclusión poética del texto, una retahíla de meditaciones que dicen: Dejar partir, buen morir, *eu-thansía*. Breuer lo había anticipado en la introducción; ahora sus anuncios adquieren la carnadura con la que sabe cumplir el buen orador, uno que no se hace de piel y huesos, sino de trazos sobre un papel que después, en segundos, perderá su cuerpo (por eso que la lectura puede).

Reflexiones es también un solo capítulo, último de todo el viaje, ese que suma un uno al diez. Allí, el autor, realiza algunas consideraciones sobre la buena vida y la buena muerte, sobre la pregunta por *la pregunta*, es decir “la pregunta por el sentido” y sobre las dimensiones del buen morir.

Como este libro, que pretendía ser un tratado, ha sido, y lo he dicho bastante, un precioso ensayo, su convite a ser leído no se merece un cierre abúlico, uno de esos que se limitan a transcribir las últimas apreciaciones del autor con pretensiones de otro tono, pero que, al final, hacen de la escritura de ese convite un robo. Por eso, o porque además de eso no tengo intenciones de ilegítimo

apoderamiento, destacaré en lo que sigue algunos aspectos del capítulo final que hacen de *Eutanasia y autonomía* una apuesta ensayística ineludible.

“Si fuera posible comparar la vida con una obra de arte, podría afirmarse entonces que morir mal equivale a dejar una sinfonía sin su último movimiento o una estatua sin sus miembros” (p. 158) refiere el autor, para añadir seguidamente que, por esa misma razón, difícilmente pueda morir bien quien no ha vivido bien; el arte de morir presupone al arte de vivir, de modo que, buena vida y buena muerte van de la mano. Pero ¿Qué supone una buena vida para esta forma de ver las cosas? ¿Cuándo ha sido buena la vida tanto como para habilitar una buena muerte? Busquen las repuestas en el texto. Están.

¿Y el sentido? ¿Cuál es el sentido que transforma a la vida en un cuerpo tangible o en uno sagrado? ¿Es franqueable lo tangible e inviolable lo sagrado? ¿Qué de la trascendencia? ¿Qué del pensamiento occidental? ¿Qué de su sesgo metafísico? Vayan, busquen, otra vez; las respuestas se escriben en el texto.

Tempestiva, oportuna, planificable, autónoma y digna, cinco dimensiones que la muerte debe tener para trasuntar a un buen morir. Breuer, quien para este tiempo ya nos acostumbró a su pulida habilidad analítica, desmenuza y clasifica una noción que aparece en el texto como un lazo convertido en moño. A mí, que sigo andando de a poco, esas dimensiones me pescan nuevamente por un pelo y me ponen a pensar: Si la muerte es una experiencia tan singular como la vida: ¿Cuáles singularidades cuentan?

Pero no voy cerrar esta invitación a leer con mis reflexiones e inquietudes; esas forman parte de un patrimonio personal que comparto a medias con este libro, este preci(o)so ensayo. Prefiero quedarme con una de su autor, al que tanto he llamado aquí por su nombre. Con cierto poder anticipatorio señala casi al cerrar: “Es (...) parte del buen vivir y del buen morir entender y aceptar el hecho de que nunca lograremos un dominio absoluto sobre la naturaleza, la sociedad y nosotros mismos” (p174).

Eutanasia y autonomía fue publicado en el año 2019, en el 2020 irrumpió en el mundo, nuestro mundo, tan frágil y finito, una pandemia.

No venga a decir después que los libros carecen del don de la adivinación.